

## MI INFANCIA Y MI PUEBLO

---

Isidoro Requena

---

Vuelve el marino alegremente  
hacia el tranquilo río.  
También yo quiero volver  
a la tierra nativa.  
*Hölderlin*

En 1951 Mario Briceño Iragorry publica *Mensaje sin destino*, convocatoria a un proyecto común de convivencia y de responsabilidades. El autor lo considera *el más afortunado de mis libros*, escritura política donde se anudan todos los hilos de escritura que vienen de atrás y del que son meros corolarios sus escritos posteriores. Apenas unos meses después, también en

1951, aparece *Mi infancia y mi pueblo*, relato liviano, ágil, biográfico, evocador de sus años de niño en su ciudad natal. Cuatro cartas, desiguales en extensión (27, 13, 3 y 2 páginas, respectivamente), dirigidas las tres primeras a una *amable, generosa amiga, noble, de todos los tiempos*. La última, a un amigo de la infancia, Manuel Briceño Ravello.

En momento de plenitud de su escritura recia, comprometida, este breve texto autobiográfico pareciera, a primera vista, un simple desahogo literario del autor. Pero, mirado con profundidad, se erige en texto crucial que radica no sólo en escritura y vida del autor, sino también a Venezuela. Que *Mi infancia y mi pueblo*, con su textura narrativa transparente, explica toda la escritura densa y abundante de Briceño Iragorry, es lo que este breve ensayo nuestro intenta mostrar, invitando a preguntarse, primero, por el tono en que está escrito y, segundo, por la trama del relato.

### **Escritura autobiográfica**

Briceño Iragorry había reflexionado: *Creo con Kierkegaard que sin la definición de nuestra propia personalidad, carece de validez toda filosofía y de sentido toda crítica. (Diálogos de la soledad: 456)*. Consecuente con este convencimiento, había hecho de su vida una búsqueda identificatoria. En un artículo de 1911 (apenas tenía catorce años de edad), el encabezamiento reza: *Ir adelante. Caminar con conciencia alerta. Sin dejar de ser uno mismo, buscar, sobre el valor existente, los nuevos valores de la cultura*. En *Gente de ayer y de hoy* (1953), alude a este escrito juvenil. Su lema le recuerda el de Ortega y Gasset: *Vivir en un perpetuo ¡quién vive! ante las propias convicciones*. Y comenta: *Cuando miro hacia atrás, tropiezo en el otro de mi vida de escritor con tamaño consigna (...) Traslación del ayer al mañana. Actitud vigilante de centinela que busca no ser sorprendido por ninguna aurora* (II, 392).

Cuando desde la altura de los años miró hacia atrás, constató que, en su vida y en su escritura, *todo se ensambla en una realidad de búsqueda que vierte en distintos planos sus clamores* (*Diálogos de la soledad*: 456). *En trance continuo de examinarme a mí mismo, he llegado a dar por terminada mi vida de político* (*Diálogos de la soledad*: 473). Búsqueda identificatoria que se hace escritura. *Identidad bajo palabra*, la llama bellamente Ramón Ordaz, porque *hasta el presente la mejor biografía del hombre sigue siendo su escritura, esa conjunción sistemática de signos que le sirve para comunicar su mundo y los mundos posibles* (Ordaz: 151).

*Mi infancia y mi pueblo* es la pieza clave de esa escritura autobiográfica, tapiz espléndido de hilos entrettejidos.

Acabamos de recordar que se trata de cuatro cartas. Forma de escritura transida de naturalidad, de sencillez, de sinceridad, de transparencia. Suerte de conversación familiar, amistosa.

Forma de escritura en la que cobran armónicamente relieve las tres dimensiones del lenguaje: alguien escribe — sobre algo— a alguien. Desliemos toda esta secuencia.

En primer lugar, en *Mi infancia y mi pueblo* alguien, Mario Briceño Iragorry, se autopresenta, se autoidentifica a través de la escritura. Alguien escribe su autobiografía desde su plenitud de persona: desde sus vivencias, sus sentimientos, sus recuerdos, sus impresiones... Un sujeto en primera persona deja transida la escritura de dos clases de huellas personales: como testigo de lo vivido, de lo visto, de lo escuchado; o asumiendo sus responsabilidades. Alguien se desdobla en dos perspectivas, la del adulto y la del niño. Alguien trama su escritura-vida como identidad narrativa y como persona responsable. Estos dos aspectos últimos vale la pena detenerse en ellos.

*Mi infancia y mi pueblo es escritura identificatoria al ali-  
món por el adulto y por el niño. El artista une los ojos asom-  
brados del niño al intelecto combinatorio del adulto* (de Paz: 12)  
—había sospechado Alfredo Paz de la escritura romántica—.  
Sobre este desdoblamiento niño-adulto tenemos en casa —y  
entre Briceños— quien nos puede aportar claridad. (Hace  
cincuenta años, 1947, se instituyó el premio nacional de las  
letras venezolanas y lo recibió Mario Briceño Iragorry. Cincuenta  
años después lo ha recibido José Manuel Briceño Guerrero —  
ambos, 'bri-ceño', 'doble ceño', en el juego de palabras de  
Mario—). José Manuel, en el prólogo con que se abre *Amor y  
terror de las palabras*, puntualiza: *Toda ficción es, en alguna  
medida, autobiográfica y toda autobiografía es, en gran medida  
ficticia (...) yo percibía dos discursos; el uno de ideas, el otro  
narrativo* (Briceño Guerrero: 9). El escritor (su autobiografía)  
es la bisagra que articula dos escrituras, narrativa y teórica (de  
ideas). El escritor se desdobra en niño y adulto. La escritura  
teórica se vale de la narrativa, ésta engendra a aquélla. El niño  
es el actante de la narración; el adulto es el narrador y el teórico:  
el adulto es quien entiende y asume su destino de ser palabra.  
*La reflexión del adulto ilumina las experiencias de la infancia  
y da sentido a los recuerdos lejanos; además, el narrador es todo  
el tiempo un adulto (...) He oído de expertos que el niño es padre  
del adulto y admito la importancia de los primeros años de la  
vida en la formación del hombre* (Briceño Guerrero: 10). El  
narrador, autor ficticio, crea mundos, rememora. *Una memoria  
secreta me hace inventar de nuevo cosas ya vistas, ya leídas, ya  
escuchadas* (Briceño Guerrero: 48). El narrador retorna al  
hogar del ser, la infancia, allí encuentra el filón de sus relatos:  
*Tuve la sensación de llevar en mí una Atlántida sumergida*  
(Briceño Guerrero: 11).

A Briceño Guerrero le había resonado el verso de Whitman:  
*The child ist the father of Man*. A Whitman le había resonado el  
fragmento 93 de Heráclito: *La edad (madura del hombre) es un  
niño que juega a los dados: ¡el poder real está en las manos de*

*un niño!* Este texto es el epígrafe en griego, que precede al prólogo de *Amor y terror de las palabras*. El otro Briceño como que tuviera lúcida toda esta enredadera, porque así escribió esta pequeña autobiografía, donde el adulto narra y reflexiona, mientras el niño es el actante del relato.

Otro aspecto que Briceño Iragorri parece tener muy claro: cuáles son los hilos que 'cosen', que 'zurcen', que identifican una vida. Reconoce que de sus relatos acerca de sus raíces, *tanto como de reflexionar sobre la justicia, me viene el hilo recio de pasión de pueblo con que están cosidas las fojas de mi expediente de ciudadanía* (VIII, 355). Trama y responsabilidad, huellas definitorias, rastreos de escritura. ¿Dónde había aprendido este paradigma identificador? *La hora del mundo* —reflexiona en 1942— *reclama un regreso, no a la barbarie de Atila, sino a la gozosa concepción del hombre en su dualidad de materia y de espíritu, es decir, al hombre integral que redescubrió en sí mismo y en la naturaleza, al decir de Michelet, el Renacimiento y que es el mismo hombre, necesitado de pan y de verbo, a quien Cristo predicó su evangelio, no cumplido aún* (VI, 30).

Hay una larga tradición filosófica de raíces renacentistas y cristianas (las dos caras de una misma moneda) —cuya formulación precisa la ha logrado hoy la antropología hermenéutica— que muestra que el hombre posee dos bienes fundamentales, transhistóricos: el primero, poder recoger su vida en un relato (capacidad que, a su vez, ensambla otras dos capacidades), poder ser hombre narrador (poder del lenguaje) y, a su vez, *personajes de su propia narración* (poder de la acción). Y, segundo bien fundamental, poder reconocerse como responsable. Dos hilos, pues, hilvanan toda vida: la *identidad narrativa* —el encadenamiento de una vida humana a través de una trama— y la responsabilidad —la persona que responde de sus actos—. Fórmula definitoria de síntesis: *Dar cuenta* (lenguaje-escritura) *de su vida* (acción), *asumiéndola responsablemente* (responsabilidad). Según Habermas, Kierkegaard señaló

certestamente la inevitable concatenación de todos estos poderes: *La biografía (la autocomprensión de un sujeto capaz de lenguaje y de acción) se convierte en principio en individuación, pero sólo porque por medio de tal acto de elección queda trasladada a una forma de existencia caracterizada por la autorresponsabilidad* (Habermas, 203).

Enhebrando vidas individuales y colectivas, biografías e historias, Briceño Irigorry entiende que subyacen dos hilos conectadores. De una parte, el tiempo, alrededor del cual se trama el relato generando la *identidad narrativa*. De otra parte, el ser-para-la-muerte, la vida como destino, que soporta la *responsabilidad*, la otra trama, la ético-política.

Que, de los dos componentes —identidad narrativa y responsabilidad— ésta es la radical pieza identificatoria, Briceño Irigorry lo tenía muy claro. Así como que el mundo de la responsabilidad es nudo donde se anudan lo ético (la relación fundamental que la persona mantiene con la vida buena, con la felicidad; el reino de lo optativo), lo moral (la obligación, el reino de lo imperativo) y lo político (la estructura misma del poder que es propio del Estado y la relación de los ciudadanos con las instituciones coordinadas por ese poder). El individuo se justifica en la sociedad. De tal manera, que *las capacidades de la persona no llegan a su plena realización sino bajo el régimen de la institución política en el marco de una ciudad, que tiene la función insoslayable de conducir las capacidades originarias de lo humano a su pleno desarrollo, a su nivel de efectuación histórica* (Ricoeur: 136)—ha formulado hoy lúcidamente Ricoeur. En consecuencia, la meta, la utopía de toda sociedad es la justicia, es decir, la sutura de lo ético y de lo legal en una sociedad concreta.

Por eso, identificación personal y nacional fueron en adelante búsquedas conjuntas en la escritura de Briceño Irigorry. Así como la acción se justifica desde lo ético, lo

individual se justifica desde lo colectivo.

Venimos así a la segunda dimensión del lenguaje: que entreteje los procesos de individuación y de socialización. Porque, como puntualiza Habermas, *la individuación no puede representarse como autorrealización de un sujeto autónomo efectuada en soledad y libertad, sino como proceso lingüísticamente mediado de socialización, en el medio del entendimiento lingüístico con otros* (Habermas: 191).

*Mi infancia y mi pueblo*, pues, hace presente a los otros. Al menos de tres maneras. Como extrañamiento. *A partir de la estructura del lenguaje se explica por qué el espíritu humano está condenando a la odisea, por qué sólo puede advenir a sí, encontrarse consigo mismo por el rodeo de un completo extrañamiento en lo otro y en los otros* (Habermas: 192). Así, en este texto que comentamos, la biografía se hace río, ciudad, familiografía, historia regional, historia nacional.

Hay una segunda manera de estar presentes los otros en *Mi infancia y mi pueblo*, como reconocimiento. *El sí mismo de la autocomprensión ética depende del reconocimiento por los destinatarios* (Habermas: 209). Como que no fuera suficiente el reconocimiento propio (desde la responsabilidad, desde la voz interior, desde la propia mirada), sino que fueran indispensables, para una auténtica identificación, la voz y la mirada ajenas. Lo que hace de la escritura una confesión, no al modo antiguo —confesión ante Dios—, sino al modo moderno —confesión ante los hombres—. De todos modos, la raíz está, no en el pensamiento de Occidente, sino en la Biblia.

Se adivina, además, una tercera presencia del otro, presencia añorada, deseo de compartir. Los objetos y los lugares se recuerdan gratamente como guiños seductores en busca del otro para compartir utopías.

*Mi infancia y mi pueblo*, finalmente, realiza la tercera dimensión del lenguaje: es escritura sobre algo en común, conversación familiar. Escritura sapiencial, que no demuestra, sino que narra, que describe; a lo más, que interpreta. Lenguaje intersubjetivo que remite a una historia y a una sabiduría comunes: se escribe de lo que cuentan las leyendas, de lo leído en los cronistas, de lo escuchado a los mayores. Escritura rememorativa, escritura coloquial. El texto está claveteado de marcas: *Agrega la leyenda; Cuenta la tradición; Oí en Trujillo; Me refería la abuela; A mi padre oí; Recuerdo; Oí decir; He escuchado de labios...* Frente a la historiografía sobre las fuentes documentales (lo 'escrito' en la piedra o en el pergamino), de origen reciente enlazando poder y ciencia; Briceño-Iragorry recurre a las fuentes orales: *el relato de aquel que puede decir he visto o, en su defecto, he oído de personas fiables —porque han visto—* (Lozano: 25).

Recordando el tono de escritura, recreemos su contenido.

### **El manadero del río**

*Mi infancia y mi pueblo* es un viaje. Esta palabra condensa todo el texto. Mas un viaje plural. Viaje al pasado, a las raíces. *Evasión hacia el paraíso perdido de su infancia y de la infancia de la humanidad* (de Paz: 69) —tipificó Alfredo de Paz la escritura romántica.

Viaje hacia el reino de la imaginación: *El tiempo de la infancia es el tiempo de la imaginación, esa facultad que Wordsworth llama el 'alma de la naturaleza' para significar que es un poder transhumano* (Octavio Paz: 70), —puntualiza Octavio Paz—.

Viaje hacia la libertad. Oído a estas citas de Derrida, Jabes, poeta judío, *ha reconocido que la libertad debe ser cosa de tierra y de raíz*. Y, para Reb Lima, *la libertad se despierta poco*

*a poco, a medida que tomamos conciencia de nuestros lazos como el que duerme de sus sentidos; entonces nuestros actos tienen por fin un nombre* (Derriba: 101).

Emprendamos, pues, con Briceño Irigorry el viaje. *Aguas arriba buscan los exploradores la fuente de los ríos. Yo también me he venido Patria arriba en busca del manadero de la historia* (VIII, 354). Y lo ha encontrado en su familia. *Comienza la Patria a la sombra del alero familiar* (Y, 362). Briceño Irigorry recuerda a su familia y detecta las manos amorosas de sus familiares que le ayudaron a tejer el tapiz mañanero de su vida de niño. La madre y el padre lo cosieron a sus raíces. Las dos abuelas le enseñaron a manejar las dos agujas de tejer vidas.

El primer personaje familiar fuente de identificación fue la madre. *Los años más felices de mi vida los pasé en Trujillo al lado de mi madre.* (Y, 46). *La historia de mi madre, que es parte sustancial de la historia de mi vida, está unida placentariamente con Trujillo. Para conocerme a mí mismo he buscado, pues, el hilo materno que me enlaza moralmente con el pasado de mi pueblo.* (Y, 47). *La tierra, nutricia donde empieza para cada ciudadano el área generosa y ancha de la Patria (...) la primera piedra del edificio de la gran patria venezolana* (Y, 64-65). Los eslabones están enlazados: él-familia-terruño-Patria grande.

Permanecer y fluir, dice Heidegger, es la esencia del lugar. Otto Pöggeler, comentarista de Heidegger, reflexiona: *El lugar es atribuido al hombre como su bien; pero esta atribución demanda una apropiación: el lugar debe ser obtenido por un viaje (...) El río que hace la tierra laborable, hace de ella una patria: habita y permite habitar. Revela sí la esencia del lugar y del viaje. Es el lugar del viaje y el viaje del lugar (...) El río es la unidad de la estancia y del viaje.* (Pöggeler, 300-301).

Briceño Irigorry está consciente de toda esta esplendorosa y profunda articulación del río. La carta última de *Mi infancia*

*y mi pueblo está escrita a Manuel Briceño Rayello. Tú me hablaste de que en las húmedas piedras de la Quebrada de los Cedros se arraigan tus mejores recuerdos trujillanos (...) en tu recuerdo, agua y piedra. El agua que varía en cada momento de su vertiginosa diuturnidad; la piedra que permanece aún, así la arrastren las aguas atrevidas. Ningunos símbolos mejores que el del agua y el de la piedra (Y, 99). Efectivamente, ningún símbolo mejor que el río para decir el permanecer y el fluir del lugar y el fluir y el permanecer de la vida humana.*

El río Castán es el río de sus recuerdos de infancia. *Oía la mansa corriente del río familiar (Y, 26). Un río pequeño (Y, 41). Es río agrícola, cuya función fundamental es regar las vegas circundantes (Y, 83). Sobre los recuerdos del niño el adulto reflexiona: río y hombre hacen juntos el viaje agrícola. El viaje antiguo del hombre venezolano que trabajó con amor y fruto la pródiga tierra nacional. (VIII, 10).*

Junto al río, estaba la ciudad, lugar y viaje de la civicultura. Reflexiona Heidegger: *Polis se traduce por Estado y ciudad; pero así no se acierta con su pleno significado. La polis constituye el sitio del acontecer histórico, el allí en el cual, a partir del cual y para el cual acontece la historia. (Heidegger: 188).*

Briceño Irigorry también encuentra juntas historia y ciudad. *Juan de Villegas y sus valientes compañeros son una Historia cuajada de siglos que viene a cambiar de data en un trozo de geografía, tan vieja como la geografía del mundo antiguo, pero que ha mantenido con la barbarie vegetal la frescura de la virginidad. Este es un suelo de hombres sin Historia que empieza a sentir las pisadas de una Historia cargada de tiempo (XVII, 162). (No es momento de dilucidar si es acertado o no este privar de historia al pasado indígena que consume Briceño Irigorry).*

De la ciudad destaca en el recuerdo dos lugares, el ce-

menterio y la Catedral. La tierra tiene un limo de muertos. *Sobre la tierra donde se confunden con el limo primitivo los huesos de los mayores adquiere dimensión solemne el concepto de la Patria* (VIII, 313). El otro lugar preciso es la Catedral. *En aquella iglesia, como en el propio corazón de la ciudad, tiene sus raíces mi mundo* (Y, 62). Sus raíces religiosas, y al lado sus raíces políticas. *Ciudad*—diría, por enésima vez, en 1958 Briceño Irigorry— *se llamó en vieja glosa castellana a los Cabildos o Ayuntamientos de hombres encargados de velar por los intereses del común. Como expresión valorativa, la voz ciudad ha llegado a tener categoría ontológica por donde se expresa la propia convivencia.* Su regionalismo no es chato, sino es donde encuentra la realización de la forma política que configura universalmente la Patria.

En resumen, la madre arraiga a Mario en la patria. Madre-tierra-patria, como río y como ciudad.

El segundo personaje familiar identificatorio es el padre, quien arraigó al adolescente Mario en la hondura abisal de la existencia —otro modo de radicación ontológica—. Lo enseñó, de una parte, a soñar. *Era ya buen amigo de las nubes y en las claras, tranquilas y frescas noches de Trujillo mi padre me había enseñado a viajar por las estrellas, a viajar sobre las nubes tornadizas.* (Y, 68). Como nubes son los principios universales. *Viajan ellas de uno a otro confín celeste. Algunas vienen de muy lejos* (Y, 142). Viaje a los ideales y viaje a la imaginación.

Pero también el padre tempranamente lo asomó a la finitud radical. *Yo vi morir a mi padre.* Recuerdo de niño: apenas tenía once años. El adulto reflexiona: *Me inquietaba la gran angustia que había hecho presa en mí desde el día en que sin haber roto los linderos infantiles sentí el vértigo del Infinito. El problema del qué, del cómo y del adónde erizaba de inquietud mi conciencia oscurecida. La necesidad del dolor como supremo*

*atavío del hombre* (XIV, 266). En un texto de juventud —abril de 1919—, Briceño-Iragorrry se había autorretratado finito: *esta ilógica vida humana, igual en suma a la del alacrán o de la piedra (...) En breves frases resumiré mi vida: Nací y todavía vivo, lo que es lo mismo imitando a Don Quijote: aún hay sol en las bardas*. Otro escritor de su misma generación, la llamada Generación del 18, Paz Castillo, había constatado: *Todo poeta tiene más o menos latente en el fondo de su conciencia o de su alma la angustia de una espera y la brevedad de su nombre*. Briceño Iragorrry integró desde el alba de su escritura, como recurso, la ironía —en el sentido de Schlegel—: conciencia de la contradicción irresoluble que es cada uno de nosotros; la angustiante necesidad-imposibilidad de suturar finitud e infinitud. *Parezca paradójal, pero la vida sólo se afirma con el sentimiento de la muerte* (XIV, 171) *La vida no se explica sino llevándola a la muerte* (XIV, 92). La muerte, pues, finitud suprema y también presencia del infinito —de doble manera, inmortalidad del más allá e inmortalidad ciudadana—, sería huella persistente en la escritura de Briceño Iragorrry hasta su última línea. De esta manera, el viaje hacia sus raíces, hacia el manantial, se le hizo también viaje hacia adelante, hacia la desembocadura. *El hombre empieza donde muere. Voy a mi nacimiento*.—Es el verso de Octavio Paz—. Viaje de ida y vuelta. *El camino hacia arriba y el hacia abajo es uno y el mismo*, había sentenciado Heráclito.

Así como de sus padres aprendió sus raíces, de sus dos abuelas aprendió los dos instrumentos identificatorios.

De la abuela materna aprendió la responsabilidad. *Buena republicana, no entendía que hubiera otra nobleza sino la virtud*. Surco profundo que llegó a hacérsele profesión. *De otr al Dr. Sánchez y al Dr. Sáez, terminé por creer en el Derecho (...) Me pareció que la justicia era una musa aprehensible, en cuya conquista no se perderían vanamente desvelos y sacrificios*. (Briceño Iragorrry tenía veinte años, cuando hizo esta reflexión

y decidió hacerse abogado). Responsabilidad, justicia.

Finalmente, de la abuela paterna aprendió el arte de escribir. El arte de escribir forma parte de cierta disposición familiar. Saber vivir, saber reflexionar sobre la vida, saber leer —en familia o en cenáculos restringidos de amigos—, saber escribir... se enlazan como eslabones de un talento familiar. Proceso identificatorio que ocurre en la niñez y en la adolescencia en el seno de la familia. Así en Briceño Irigorri: *Lectura y escritura le brotaron espontáneamente como quehacer familiar —de la abuela al padre, de él al hijo: La inquietud por las letras que en el espíritu de mi buen padre había hecho crecer la preocupada abuela, él la acicateaba en el mío de niño. Y como quehacer trujillano: las tertulias de muchachos con el Dr. Julio Elvecio Sánchez, el abuelo de Ramón Palomares.*

Tarea espontánea el escribir, junto a otras tareas de un quehacer cotidiano, agrícola. En 1953, Briceño Irigorri compra en una librería madrileña *Las Etimologías* de San Isidoro de Sevilla y lee *Verso, llamado así por el vulgo, porque se escribía a semejanza de como se ara*. Y comenta: *Hasta en el orden secreto de los vocablos tienen, pues, sus nudos los valores de la tierra y los valores de las letras (...) Surcos de luz sobre el papel son las apretadas letras.* (IX, 87).

La principal industria trujillana durante la Colonia —recuerda Briceño Irigorri historiador— era el *algodón que se hace hilar y hilado se hace lienzo*. Y comenta: *Acaso usted no sepa que la costumbre de tejer y de hilar la heredaron nuestras mujeres de las propias indias cuicas, expertas en la confección de mantas* (Y, 78). El historiador ha leído en el cronista Juan de Castellanos que en el templo de la diosa Icaque *los ídolos eran hechos de algodón. Torcer el algodón, así no fuera para tejer lienzos, constituyó durante la Colonia y durante la República una pingüe industria. Con él se fabricaban hamacas, cordones, capelladas y pabilo. El pabilo era el alma de la luz (...)* Junto con

*el pabito para las candelas del alumbrado y de los templos, se tejió la hilaza para la capellada de las alpargatas, ora de fique, ora de suela (...) Las niñas pobres recibían su maquinilla o telar del industrial, junto con los hilos de diversos colores, y en el recatado silencio del hogar ganaban con altiva modestia el sustento de la familia. También los hombres trabajaban en sus domicilios en la obra de montar capelladas y taloneras. Mis manos de muchacho se endurecieron en este oficio, cuando me fue necesario ganar lo que la madre generosa no podía proporcionarme (VIII, 59-63).* Esta escalera descendente comenzó siendo relato histórico de lo leído, de lo oído, de lo visto, y terminó siendo vivencia de trabajo personal. Sobre todo, sus ojos de niño recogieron una imagen de hilandera. Materesa, la abuela paterna, hacía flores, tejía el algodón, labraba las mechas para alumbrarse, armaba sábanas con retazos. La imagen hilandera de la abuela le recuerda a la encajera de Petrarca, a la de Martínez Sierra: *Torcer y retorcer hilos sutiles / como palabras bellas, / y hacer con ellos rosas, / laberintos, cadenas, / nubes de blonda y gasa, / redes de tul para prender estrellas.* (Y, 121-122). Briceño Iragorri concluye: Hilar es escribir; escribir es hilar. Y, subyacente, vivir es hilar, jugar con los hilos de la vida. Hombre-lenguaje-escritura tiene una vocación, un quehacer: tejer, enlazar, dar puntadas, suturar, tramar, urdir, enredar, trenzar, engarzar... Con la aguja de la temporalidad, tramando tramas, biografías, historias, tras la identidad narrativa. Con la aguja de la historicidad -ser-para-la-muerte-, armando el cañamazo ético-político, tras la responsabilidad que asume y anuda.

Cierro el pequeño texto *Mi infancia y mi pueblo*. Me viene a la mente la recomendación de Friedrich Schlegel: *Que los acontecimientos, los hombres, en breve, el juego entero de la vida sea realmente tomado y representado como juego* (Schlegel: 127).

## BIBLIOGRAFIA

- Briceño Iragorry, Mario. *Obras completas*. Caracas. Ediciones del Congreso de la República, 1988-1996. 19 volúmenes.
- Habermas, Jürgen. *Pensamiento postmetafísico*. Madrid, Taurus, 1990.
- Heidegger, Martín. *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires, Nova, 1996.
- Laffoucrière, Odette. *Le Destin de la Pensée et la Mort de Dieu selon Heidegger*. La Haya, Martinus Nijhoff, 1968.
- Lozano, Juan. *El discurso histórico*. Madrid, Alianza, 1982.
- Ordaz, Ramón. *Diario de derrota*. Cumaná, Centro Ramos Sucre, 1993.
- Paz Castillo, Fernando. *Obras completas*. Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1995.
- Paz, Alfredo de. *La revolución romántica*. Madrid, Tecnos, 1992.
- Paz, Octavio. *Los hijos del limo*. Barcelona, Seix Barral, 1981.
- Pöggeler, Otto. *La pensée de Heidegger*. París, Aubier Montaigne, 1967.
- Ricoeur, Paul. "La persona: desarrollo moral y político". *Revista de Occidente*, N° 167. (abril 1995), 129-142.
- Schlegel, Friedrich. *Filosofía y poesía*. Madrid, Alianza, 1993.



*Actual 168*